

Francisco J. Uriz, «Las máscaras tienen que caer», pròleg a *La noche es madre del día* de Lars Norén. Madrid: El Público. Centro de Documentación Teatral, 1989

Lars Norén nació en Estocolmo en 1944, ciudad en que ha vivido siempre. A los 19 años publicó su primer libro de poemas, *Lilas, nieve*. En quince años publicó otros tantos poemarios entre los que destacan obras maestras como *Revólver* y *Corazón en corazón*. Su primera poesía era un torbellino de fuerzas destructivas expresado en un incontenible alud de imágenes sorprendentes, asociaciones insólitas, mezcladas con una asombrosa incorporación de detalles concretos de la vida más cotidiana —que tan patente se hará después en las exigencias escenográficas de sus obras dramáticas— entreverados con acontecimientos de la alta política mundial.

Norén depurará su poesía y en sus últimos libros, a partir de 1973, su poesía es muy parca en palabras. En todo momento seguirá manteniendo su ternura por los marginados, por los que sufren, por los perseguidos. A principio de los años setenta estaba considerado como el poeta más significativo de su generación.

Después de escribir tres novelas, debutó en 1972 como autor dramático con una pieza de teatro radiofónico, *Box One*. [...] Su primer éxito teatral lo consiguió con la obra *Una espantosa felicidad* en el teatro municipal de Estocolmo de la mano de la gran directora Suzanne Orsten. [...] Orsten escribió un artículo sobre su relación con el teatro de Norén publicado en la historia de su teatro Unga Klara del que recojo unos elementos que pueden iluminar una visión teatral de Norén.

«Los trabajos de puesta en escena de *Sonrisas subterráneas* empezaron con la lectura estudio de este poema de Norén:

Jugué al bingo en un espantoso
manicomio de Nueva York
Donde se escribían sobre sus rostros y decían
Qué les pasará

a algunas flores de noche
si no cesa la luz
— Así soy, finalmente.
Me desperté en la opresiva
mañana de Nueva York con una fiera
demencial
dentro de mí, y luego me senté en una cama
de hospital
con verjas hasta el techo
Cuando alguien pasaba por allí yo me desnudaba
Porque hacía calor, era como hartarse
de comer en el calor de la cosecha
y sentí las manchas de los violentos golpes
que me corporeizaban
— Nunca podré estar seguro de verdad.

Y la compañía lee libros de D. W. Winnicott, Alice Miller, Jules Henry, Ashley Montague.

Las piezas de Lars corresponden a una visión completamente nueva del individuo. Partiendo de la necesidad de expresión verbal de sus personajes describe la verdad de una manera “diferente”. La exigencia de Stanislavsky de que mostremos en el escenario a la gente “como es” persiste, pero las personas de Lars muestran disimulaciones, semiverdades, el afán de verdades. Sus personajes creen que lo que están diciendo es verdad, y a veces dicen verdades sin saberlo.

Lars tiene una única exigencia ética: “Las máscaras tienen que caer”.

La fuerza de Lars como dramaturgo es el cable de alta tensión que recorre el texto, la amenaza procedente de una sociedad que aniquila a los individuos que la

componen. Nuestros grupos de referencia nos preguntan para qué sirve proponer piezas sobre “individuos tan trágicos”. Siempre les contestamos: los personajes de sus piezas tratan de formular lo que les está pasando, y esa es la única esperanza. Lo que queremos decir es que mientras tratemos de entender sigue habiendo esperanza.» [...]

En 1982 se estrenó en Malmö *La noche es madre del día*, título que toma de un verso del poeta Stagnelius. En esta pieza aparece una familia que intervendrá en varias piezas: padre alcohólico que lleva un hotel en quiebra, madre enferma de cáncer, con dos hijos enfrentados, uno de ellos de 16 años que busca su liberación y su identidad. La escena final de la obra donde el joven, cuchillo en mano, baila «Night and Day» nos recuerda el gesto del asesinato del padre en la *Valentía de matar*. [...]

En todas estas obras nos encontramos siempre en un espacio cerrado, con una estructura familiar muy hermética, en un espacio escénico agobiante, sin salida. La familia se presenta como un grupo de individuos mutuamente dependientes entre sí para existir, cuya estructura inevitablemente hace subir a la superficie lo peor del ser humano y donde el amor y el odio están separados por una línea apenas imperceptible.

En ella la vida es una lucha incesante por la liberación, por conseguir librarse del agobio paralizante. Y la liberación parece exigir la muerte del opresor.